

LOS JUEGOS DE LA MENTE

Y nuestros hogares se volvieron las cárceles que, con bellísimos paisajes rodeándolos, nos mostraron lo que no podíamos volver a poseer. Las ventanas se volvieron las nuevas pinturas que retrataban las calles y bosques que eran maravillas por ser redescubiertas, los cuartos se transformaron en los pequeños cubículos, de los cuales no podíamos salir debido al trabajo, provenientes de la prisión amueblada con las más finas decoraciones y lo próximo a nuestra libertad, fueron los patios y jardines.

Asimismo, nos encaminamos hacia un sendero donde nuestra salud social, mental y física se vio comprometida; cada aspecto de la nueva vida que nos tocó se tornó en una amenaza y la esperanza de salir desvanecía con cada mes que pasábamos encerrados. Las personalidades cambiaron: los extrovertidos pasaron a ser introvertidos; los introvertidos fueron inundados por una tristeza inconsumible y aquellos que lograron llegar a la superficie antes de ser ahogados, bajaron el interruptor para dejar de sentir. La pandemia no solo nos había quitado nuestro derecho a salir sin precauciones o a convivir con nuestros seres queridos, poco a poco nos quitó nuestra humanidad, el placer de sentir los rayos del sol quemar nuestra tez mientras deambulamos por las calles y el asfalto gana calor, los abrazos y las risas compartidas. Porque incluso cuando muchos tuvieron el privilegio de vivir bajo el mismo techo que sus padres y hermanos, las relaciones en vez de volverse más estrechas, se cortaron.

—Nico —mi vista se posó en la mujer que decía ser mi madre. Dejé la taza de café a un lado y aparté mis azules ojos de la ventana que era golpeada con violencia por el diluvio— ¿Viste a tu hermana?

Negué—. Si te preocupa que haya escapado, no lo hagas.

—Nicolás.

Su llamado se volvió un gruñido y el entrecejo se frunció con fuerza, pero yo la ignoré. Estaba lo suficientemente ocupado con la lluvia como para darle importancia a un asunto tan poco interesante como ese. Amelia aparecerá, tarde o temprano. Gustavo, mi padre, la buscará cuando la noche se cierna sobre el cielo y mi mamá pretenderá que las pasadas seis horas no fueron un martirio para sus débiles nervios.

Ante mi rotunda negación, se marchó hacia la cocina donde últimamente descargaba su ansiedad y como resultado, miles de pasteles y budines salían de su horno. Cuánta suerte tenía ella, pues su mente se entretenía con mucha facilidad. La mía, por otro lado, era tan compleja que para distraerse, debía crear escenarios donde el protagonista era yo caminando por extensos prados, pese a que vivía en la ciudad, y ejercía distintas acciones, desde conversar con amigos del trabajo hasta jugar con los perros que otros granjeros usaban para controlar el ganado. Ese era mi entretenimiento en lo que esperaba que las puertas pudieran ser abiertas nuevamente y no corriera el riesgo de enfermarse. Amelia era un caso aparte, muy diferente a mis progenitores. Ella era como yo, o peor. Había

apagado, si es que de verdad era posible como mi subconsciente suponía, sus emociones y su cuerpo deambulaba por la casa como un fantasma. Su rostro descolorido, el cabello desordenado y las ropas arrugadas, de aquí para allá con cuadernos y libros en brazos, con su celular o simplemente en silencio.

Una luz surcó el oscuro cielo y, próximamente, un trueno interrumpió la ausencia de sonidos. Apoyé las manos y frente sobre el frío cristal, mis ojos sobre las desérticas veredas y, estaba seguro, que muchos en otros lugares de la ciudad estaban en la misma posición que yo. Esperando, pacientes y serenos, callados y observando el tiempo pasar. Por alguna razón, en mi pecho sentí un vacío, como si algo faltara, pero mis pensamientos se vieron detenidos por la oscuridad que envolvió la casa.

—Mamá.

La llamé cuando no escuché sus habituales quejas con respecto a la pérdida de energía, o a mi padre buscando las velas, ni mucho menos los gritos de Amelia quien le tenía terror a estar sin compañía cuando se cortaba la luz. Nadie respondió, como si todo este tiempo hubiera sido un invento de mi cabeza la presencia de mis familiares ¿O de verdad lo era?

Una filosa voz resonó en la lejanía, repitiéndose una y otra vez como un disco rayado. Fríos dedos envolvieron mi corazón y un latente dolor se instaló en mis sienes en lo que escuchaba: *Solo, solo, Nico, estás solo.*

¿Lo estaba? ¿Había pasado meses sumido en soledad, con los fantasmas de mis seres queridos acechando los pasillos y cuartos? ¿Había dejado que mi mente calmara la incertidumbre de mi añoranza con vagas alucinaciones que ahora, cuando me daba cuenta de que de verdad no tenía compañía alguna, me provocaban más pesar? ¿Había atravesado meses de encierro y miedo a enfermar, solo?

No me moví de mi lugar cuando el dolor cesó, estaba lo suficientemente aturdido, procesando la verdad revelada, como para liberar la tensión de mis músculos y buscar iluminación. Esa era mi realidad y, quisiera o no aceptarla, recordé con mucho pesar que mis padres y hermana habían fallecido al comienzo de la pandemia. Entonces, ¿quién había cocinado las delicias que degusté y cuidó de mí todo este tiempo? Dejé de pensar en ello, no quería que la angustia carcomiera mi cabeza y me llenara de tristeza. Sus engaños me habían mantenido alejado del dolor de la eterna ausencia de quienes solía amar, era mejor que siguiera así.

Al siguiente día, mi cuerpo cayó de la cama cuando, en un intento por esquivar la luz, me moví más de la cuenta. Solté una queja, pero el sonido de llaves en la cerradura de mi puerta me alertaron. Me levanté del suelo y, tomando una camiseta de la pila de ropa que aún no guardaba, bajé las escaleras

para ver qué estaba sucediendo. En la sala, había varias bolsas que resplandecían ante la capa de humedad que poseían y la entrada de calle estaba abierta, permitiendo que los rayos del sol se abrieran paso sobre el suelo y la sombra de una silueta masculina se reflejara allí.

—Nico —miré confundido a Agustín, consigo cargaba las compras del supermercado y una sonrisa se podía distinguir bajo el barbijo que llevaba puesto. En una de sus manos tenía las llaves del auto y de mi hogar, mientras que en la otra colgaban las bolsas restantes y a muy duras penas un rociador con alcohol que había usado para desinfectar todo—. Buen día.

Cerró la puerta y dejó todo sobre el sofá, se lavó las manos en la bacha de la cocina y se quitó el cubrebocas. Yo seguía parado, sin emitir palabra alguna, semidesnudo y con el ceño fruncido.

Y todo encajó, mis ojos se inundaron de lágrimas y mi respiración se volvió errática, mis manos temblaban. Mi cuerpo me traicionaba incluso cuando intenté sonreír para no preocuparlo. Pero mis pies ya se movían hacia él, abrazando su cuerpo y sintiendo que, verdaderamente, él estaba allí y no era otro enfermo juego de mi mente. Agustín estaba parado, en carne y hueso, sosteniéndome mientras me rompía en mil pedazos.

—Nico, ¿qué sucede?

Preguntó con preocupación al verme fuera de mí, tan perdido, con lagunas entre mis memorias.

—Pensé que estaba solo.

Las palabras se atascaron en mi garganta y mi lengua pareció haber olvidado completamente cómo moverse apropiadamente para una buena pronunciación.

—No lo estás —me consoló con dulzura, besó mis labios, las yemas de sus dedos limpiando los caminos de agua que se habían creado sobre mis mejillas. Le admiré, sus verdosos ojos otorgándome tranquilidad. Su cabello azabache estaba desordenado y algunos mechones caían sobre su frente, vestía unas bermudas floreadas con una camiseta blanca y, del cuello en V de esta, colgaban unos lentes de sol que le había regalado la temporada pasada. Su blanca piel estaba levemente roja debido al sol y a lo largo de su cincelada mandíbula se establecía una barba de hace días—. ¿Por qué pensaste que no estaba contigo?

¿Cómo explicarle que toda la situación me había afectado de manera descomunal? No se me ocurrió ninguna respuesta, abrí y cerré la boca varias veces, hasta que finalmente apreté los labios en una línea recta. Moví mi cabeza de derecha a izquierda, de esta manera comunicándole que prefería no dirigir la naciente conversación hacia allí.

Con delicadeza me guió hasta el sillón, quitó las cosas que había sobre este y nos sentamos. Sus manos estaban entrelazadas con las mías y las alianzas resplandecían ante los pequeños tubos de luz que se colaban por las cortinas.

—Nicolás, puede que nos hayan quitado nuestras libertades, puede que el estar encerrados nos haga sentir solos y sin amor, que afecte nuestras mentes a niveles inimaginables, incluso que salir sea tan peligroso que apenas podamos recordar lo que se siente el aire fresco, pero estoy aquí y jamás te dejaré, estamos juntos en esto.

Y sin nada que agregar, asentí.

Roma J. Black

FIN